

¿Qué fué? Las llamas formaron
Dos círculos, dos diademas:
Sólo se vieron cenizas
Cuando se apagó la hoguera.
¡Las almas...! ¡Allá en el Cielo,
De los humanos se quejan!

No hay mármol que celebre
Con caprichosa estatua,
La historia inmarcesible
De tan pasmosa hazaña.
Pero el sencillo vulgo
Que su memoria guarda,
Cuenta la triste historia
Entre raudal de lágrimas,
Y un siglo que la escucha,
Al otro la relata....

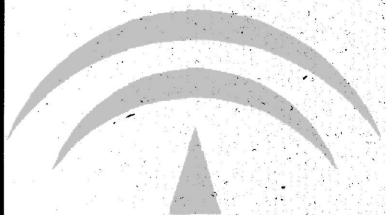
*¡Qué estatua es tan eterna
Cual tú, tradicion santa!*



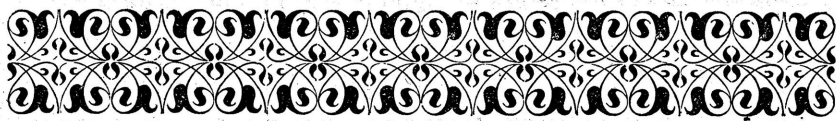
DOÑA MARÍA CORONEL

Año 1956

P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

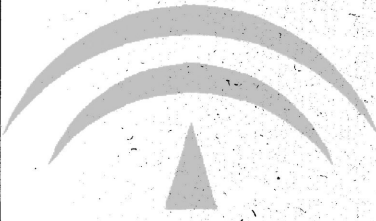


DOÑA MARÍA CORONEL

*La muy casta dueña, de manos crueles,
digna corona de los Coroneles,
que quiso con fuego vencer sus fogueras.*

JUAN DE MENA.

P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA



De la crítica palenque,
Y de la historia tormento,
Aparato prodijioso
Para novelas y cuentos,
Es la borrascosa vida
Del Rey Don Pedro Primero,
En quien halló la conseja
Su más ancho fundamento.

Entre la gente sencilla
Tiene su nombre tal eco,
Que unos le admiran con susto
Y otros le infaman con miedo.

Si le dan distintos nombres
Los que analizan sus hechos,

De la crítica formando
Reñidísimo tornéo,
Es porque fué su persona,
Tan grande, que quiso el Cielo,
Que el que vivió siempre en guerra
Moviese á discordias, muerto.

Educado por su madre,
Que en vida de Alfonso Onceno,
No fué ni Reina ni esposa,
Bebió el encono en el pecho
De la que, de mártir santa
Trocóse en verdugo fiero.

Trás femeniles rencores
Halló el odio campo abierto
Para convertir á España
En un mar de sangre inmenso.

La Nobleza y los Bastardos,
De loca ambicion sedientos,
Dieron la voz con qué Némesis
Regocija á los infiernos.

Alzáronse algunos Nobles,
Alentando á los primeros
El viejo Don Juan Alfonso
Coronel, á quien el cielo
Dió por hijas á dos soles,
En hermosura portentós.

Murió Don Juan como siempre
Los revoltosos murieron,



Y sus hijas encontraron
En dos La Cerda sus dueños:
En Don Alvar Doña Aldonza, ^(a)
Y á Don Juan plúgole al Cielo
Dar en su esposa María
El más señalado premio.

Es condicion harto triste,
Mas probada con ejemplos,
Que el sanguinario apetito
Engendra impuros deséos.
Y nunca se halló tirano
Que trás un festin sangriento,
No buscára en el deleite
Olvido á sus pensamientos.

El Rey, en quien amor era,
Más que amor, vil desenfreno,
Puso los impuros ojos
Y el incontinente anhelo
En las dos nobles esposas
De los La Cerda, que fueron
Bien distintas en acciones,
Si hermanas por nacimiento.

Los maridos, que seguian
Las bandéras de Don Pedro,
En ocasion bien amarga
Para su estrella, supieron
Que su honor immaculado
Estaba en peligro puesto,
Y que el ladron que anhelaba

Tesoro de tanto precio,
Era el Rey, por quien su sangre
Derramaban combatiendo.

¿Halló el Rey en sus personas
Valladar á sus intentos,
O los La Cerda, traidores
Para vengarse se hicieron?

Las dos esposas, sus vidas
Demandaron á Don Pedro....
Una la alcanzó. ¡Dichosa
Quien no la compró á tal precio!

II.

Tórtola viuda, que tiendes
El vuelo en busca de calma,
¿Cuándo encontrará tu alma
Sitio donde descansar!
¿Cómo poder hallar nido
Para ocultar tu amargura,
Si el astro de tu hermosura
Te persigue sin cesar?

En vano luchas; en vano,
Casta y hermosa María,
Crece del Rey la porfía
A compás de tu rigor.
Y es su indomable deseo
Rayo que todo lo abrasa,
Huracan que por dó pasa
Deja rastro de dolor.



Mas el honor te defiende,
Y él por tu decoro vela,
Y ante el crimen se revela
Airado todo tu sér.
Que no fuiste nunca esclava
De torcido pensamiento,
Y el honor, fué el sentimiento
Que te encadenó al deber.
¡Honor! ¡Deber! ¡Claros soles
Que la conciencia iluminan,
Astros puros, que encaminan
Al templo de la virtud!
¡Honor! ¡Deber! Manantiales
Fecundos que en este suelo
Forman de la vida un cielo
Y un altar del ataud!

Busca un refugio escondido,
Oculto en él tu belleza,
Porque del Rey la impureza
No ha de seguirte allí en pós.
Busca un templo, que en sus naves
Calla el humano apetito,
Pues jamás nace el delito
Ante los ojos de Dios.

Así lo hiciste, Maria,
Encontrando en Santa Clara,
El nido donde olvidára
Tu mente, presa de afán,
Aquellos tristes desvelos,
Aquella horrible agonía,

Aquel temer noche y día
Del Rey el torpe volcan.

III.

Un convento es morada misteriosa,
Mansion dulce, tranquila, silenciosa,
Impregnada de amor santo y profundo,
Llena de castidad y de pobreza,
Oásis divino do concluyé el mundo,
Templo-sagrado donde Dios empieza.

Angeles son las tímidas palomas
De esos sublimes nidos,
Que tienen del incienso los aromas
Y de eternas plegarias los sonidos.
Angeles son las vírjenes que jimen
Por pecados, tal vez, que ellas ignoran:
Almas que tanto adoran,
Que nuestras faltas míseras redimen
Con el llanto piadoso con que lloran.

Trás el cancel sombrío,
El altar elevado y misterioso:
Allí una Cruz, en ella un cuerpo frío
Y un semblante aflijido y doloroso.
En el huerto, silvestres florecillas,
Tan puras, tan hermosas, tan sencillas
Como los dulces séres,



JUNTA DE ANDALUCIA

Que, al recordar al fin que son mujeres,
Para hacer de su amor púdico alarde
Con delicado y májico embeleso,
Siempre cierran sus broches con un beso
Que reúnen las brisas de la tarde.

En la celda, una *cosa* parecida
A un lecho, que el calor ha respirado
Del cuerpo de la vírjen adormida,
Cuerpo de nieve, de carmin bañado.
Y una Cruz, y la Imájen salvadora
De la Madre que tiende su mirada,
Abrasando en su amor á la cuitada
Que por ella suspira, reza y llora.

¡Y nada más! En tan pequeño espacio
Ve la monja, en su celda, su palacio;
En el huerto sencillo y sin abrojos,
Lleno el pecho de calma,
Encanto y distracción para los ojos,
Y en la capilla un cielo para el alma.

Y así pasan los años y los años,
Sin llorar mundanales desengaños;
Y muerta para el mundo,
Siente miedo profundo
Cuando escucha contar cosas extrañas
De muertes y campañas,
De fratricida guerra....
Y presa de amargura y desconsuelo,
¡Qué cosas, dice, son las de la tierra!
Presintiendo, tal vez, que ella es del Cielo.

Jamás llegó á su oído,
Ni la queja amorosa, ni el arrullo
De un pecho apasionado y conmovido,

Ni de dulces suspiros el murmullo,
Ni de besos el eco estremecido.

¡Ignoró la ventura y el contento
Del éxtasis de amor, puro, callado!

¡Sublime arrobamiento
En que el mundo á los ojos desaparece,
Y el alma melancólica se mece
En piélago de sueños y de auroras!

No conoció las horas
Pasadas en las danzas y festines;
Que no vió otros confines
Su pobre pensamiento,
Que la celda tranquila del convento,
Y el huerto con sus aves y jazmines:

Si por burla traidora de la suerte,
Como mujer, para el amor nacida,
Sintió en su pecho palpitar la vida,
Encerrada en la tumba de la muerte,
Corrió en sus venas frío,
Y llamó á la oracion como consuelo;
Y si creció su anhelo,
Ella exclamó llorando: ¡Dueño mio!
¡Amame tú, que sin amor me hielo!

IV.

En el convento la calma
La triste viuda encontró,
Y quizás diera al olvido
La torpe persecucion,